

“ESTÁTICA”

(ORATORIO PARA CUATRO CUERPOS)

SUSANA TORRES MOLINA

FINALISTA PREMIO “CASA DE AMÉRICA. FESTIVAL ESCENA CONTEMPORÁNEA” DE
DRAMATURGIA INNOVADORA.
MADRID. ESPAÑA. 2003

Personajes

HIJO
MADRE
MUDA
TESTIGO

“Estática” es un texto abierto, sin didascalias, para invitar al director y a los actores, a una exploración en cuanto a la relación de los personajes entre sí, y de ellos, en relación al espacio escénico sugerido. Y así, intentar inaugurar otros sentidos y asociaciones poéticas, que escapan y rebasan, -en muchos casos afortunadamente-, el mero texto dramático.

1.-

TESTIGO

Con la luz
los cuerpos despiertan a su fiebre.
Agitan y sacuden la fragilidad
de sus deseos,
dentro del acotado tiempo
de la representación.

En el espacio pequeño
balbuceos
tropiezos.
Formas, como cualquier otra,
de trasladarse de un punto a otro.

En escena,
el desperfecto.

2.-

HIJO Observo mis manos.
Sobre el borde de la mesa.
Cómo crecen las uñas.
Escucho el sonido de las uñas.
Creciendo.
Miro lo blanco que rodea la uña.
La mugre.
Se pega al dedo.
A la uña.
La mugre. Que se pega.
Duermo de a ratos.
Me despierto. Con un presentimiento.
Algo tengo que hacer.
Urgente.
Pero no se qué.

MADRE No quiero estar acá.
Estoy rodeada de locos.
Quiero que mi hijo me lleve.
No lo voy a molestar.
Si ya no tengo fuerzas, ni para eso.
Hace mucho que lo estoy esperando.
Tanto tiempo. No sé cuanto.
Tengo la valija preparada.
Miro la puerta, el horizonte.
Lo espero a él, para que me lleve.

HIJO Me concentro. En mis manos.
En las uñas.
La mugre.
Igual aparecen.
Ellas aparecen.
La vecina. Que espía día y noche.
La mujer que quise. Y traicioné.
La vieja.
Me mira fijo. Anhelante.

MADRE Durante la noche todas gritan.
Pegan alaridos.
Como si las estuvieran matando.
Sacándole la piel a pedacitos.

HIJO El deterioro.
Un pasaje hacia mi madre.
Ella está. Siempre en mi camino.
No importa adonde voy.
No me muevo. Y ella está.
No importa.
Estoy quieto. Tan quieto como ella.
Y no importa.
No importa lo que haga.
Está.
Esperándome.
En mi camino.
Pidiendo cosas que no puedo darle.
No quiero darle.
Que no sabría cómo hacer.
Mis manos flácidas.
No retienen nada.

3.-

MUDA Otra vez la musiquita del vecino.

La cantinela.
Y no puedo salir. No quiero salir.
No tengo donde ir.
Me pinto las uñas. Me las despinto.
Me depilo las cejas.
No quedan más que dos finas líneas
encima de los párpados hundidos.
Miro tele. Los ojos secos.
No puedo dormir.
Hace calor.
Y estoy encerrada.
El vientre duro. Una piedra.
Tengo miedo. No es la fecha. Falta todavía.
Me fijo si el teléfono tiene tono.
Nadie ha llamado durante todo el día.
Quiero llorar, pero luego decido que no.
Que no sirve de nada.
Me propongo pensar en otra cosa.
Todo va a salir bien.
Podría haber abortado y no. Es un desafío.
Otro más.
Pero esta vez no estoy sola. Eso me da miedo.
¿Podré con los dos?.
¿Para siempre?
De sólo pensarlo me apretaría la panza
y que reviente lo que está adentro.
Que nunca salga a la superficie.
Siempre es una palabra cruel. De acero.
Corta sin sangrar.
No tengo que pensar en el tiempo.
El ahora es todo lo que importa.
Sólo intentar no volverme loca aquí encerrada
mientras el bicho crece y se hace fuerte
para luego seguramente matarme.
De dolor.
De indiferencia.
De amor.

4.-

HIJO La pesadilla.
Este día de la semana.
Día de visita.
Una espina incrustada.
En el talón.
En la frente.
No me relajo.
Camino. Respiro.
No me relajo.
Abro los ojos. Apenas.
La mente se retuerce.
Pros. Contras. Pros. Contras. Pros.

MADRE ¡Miren la loca! ¡Toda pintarrajeada!
¿Adónde cree que está?
Vivo rodeada de chiflados.
Y de putas.
Gracias al cielo, mi hijo me va a llevar.
Lejos. Muy lejos.
Al mar.

TESTIGO 95 años. Esa es la edad de la madre.
Está internada en un geriátrico.
Ya no camina.
Tampoco usa la dentadura de abajo.
Ve poco por las cataratas.
Para ella ya no existe el pasado ni el futuro.
Sólo...

MADRE ¿Qué me trajiste?

TESTIGO Deglute sin pausa.
Saca la lengua, como un lagarto a la pesca.
Extraña sus colmillos, dice.

MADRE Extraño la carne, no los colmillos.

TESTIGO Se quitó los dientes para dormir.

MADRE Me quite los dientes.
Los puse dentro del vaso, en la mesa de luz,
junto a la virgen y me los robaron.
Uno por uno.

HIJO La nombro. Como mi madre.
Pero no se quién es.
No la reconozco.

TESTIGO El observa con asombro al bebé ajado.
Que pide y engulle.
Que duerme y orina.
Que no recuerda nada ni pregunta.
Sólo...

MADRE Una dentadura. Quiero una dentadura.
Una dentadura nueva.
Eso quiero.
Una dentadura.

HIJO ma...ma...ma... ma...ma...

MADRE La loca de al lado tiene retorcijones.
Ella tiene retorcijones y yo voy a explotar.
No muevo el vientre hace veinte días.

TESTIGO Cuando era niña un médico le dijo que la clave de la salud era el buen funcionamiento de los intestinos.
Desde ese momento su razón de ser fue controlar ese funcionamiento.
Obsesivamente.
Anotaba en una libreta todos los días:
Hoy dos veces. Hoy nada.
Hoy, una, pero insatisfactoria.
Hoy nada. Casi nada.
Hoy dos. Una de ellas, floja, inconsistente.

MADRE Las locas me roban.
Tengo que llevar todo encima.
¿Qué quieren? ¿Dejarme sin nada?

TESTIGO No se acostumbra a su nueva condición de indigente.
Ella que lo tuvo todo.

MADRE Lo que quiero,
lo único que quiero, es ganar la lotería.
Tengo un palpito
Un presentimiento.
Si gano, viajo a Europa, en barco.
Como antes.
Si gano, lo invito a mi hijo.
El de la mirada apagada.
El que tiene los ojos cubiertos de cenizas.

HIJO ¿Mamá?

TESTIGO Es ahí, en ese preciso momento cuando el hijo la besa.
Ella tiende la mano.
Se sujeta del brazo.
Del brazo del hijo.
Y ágilmente se incorpora de la silla de ruedas.
Lo abraza.
Suenan la música de la orquesta.
Comienzan a bailar.
Ella de largo. El de smoking.
Recorren, girando, el salón alfombrado.
No tocan el suelo.
Ella sonríe.
Con toda la cara.
Como los chicos.
Bailando salen a cubierta.
El mar ruge.
Tiemblan ante el roce del aire tibio del atardecer.
El momento es perfecto.

En ese instante el hijo siente un dolor agudo.
Se toca el corazón.
Piensa que va a morir.

5.-

MADRE ¿Estás solo, hijo?
¿Y tu mujer?
¿Dónde está tu mujer?

HIJO Lo que quiero olvidar.
Eso le interesa.
Es lo que más le interesa.
Una espina en el talón.
En la frente.
La vieja.
Molesta.
Molesta.

MADRE ¿Te dejó?
¿Cuántas mujeres ya te dejaron?

HIJO A mi mujer la amo.
Creo.
No lo sé.
No es la cuestión.
Ella es parte del paisaje.
Monótono.
Y ya nada se puede hacer.
¿Qué se puede hacer?
¿Esperar?
¿Qué?
¿Esperar qué?
El derrumbe de los cuerpos.
No quiero
la cama compartida.
Noche tras noche.
No quiero cada mañana
la monotonía terrible.
Cada mañana.
No quiero descubrir
con horror
como nos encogimos.
Como nos arrugamos
la noche anterior.

MADRE ¿Te dejó?
¿Por qué te dejan todas?

HIJO Sabe molestar.
Escarbar en la herida.
Le doy de comer. En la boca
Se calma. Por un rato.

TESTIGO El dice que la mujer le preguntó:
¿Queda algo?

HIJO No contesté.
Nada.
Ni un sonido.
Me miré las uñas.
Tratando de captar
ese ínfimo instante.
Ese instante
que por alguna razón

que desconozco
de pronto
mis uñas
se deciden a crecer.

Eso fue el fin.

6-

MUDA Espío. Es mi entretenimiento.

Me gusta más que mirar la tele.
Espío a mi vecino. El de la cantinela. Siempre la misma.
Lo miro como se arrastra por el piso.
Como va deslizándose por las paredes hasta desplomarse
sobre algún objeto.
Jadeando.
Es patético. Es gracioso.
Me dan ganas de escupirle. Pero me contengo.
No quiero más problemas.
El vientre está muy duro. Podría necesitarlo.
Podría tener que gritarle que me ayude.
Podría tener que pedirle que llame a una ambulancia.
O que llame un taxi y lo pague.
Podría tener que decirle que me acompañe al hospital.
Que se quede conmigo.
Me de la mano.
Que entre a la sala de partos.
Y me aliente a pujar, a relajarme.
Que me seque la frente, como en las películas.
Que me felicite, emocionado.
Que esté conmigo en la habitación cuando traigan a... *eso*.
Que me compre flores.
Me espere.
Que salgamos juntos del hospital.
Y me deje aquí.
Sonriente. Satisfecho.
Con la certeza de haber hecho una buena acción.

Quizá recién ahí me atrevería a escupirle.
Pero ahora no.
Tengo mucho miedo.
Mi cuerpo está creciendo fuera de control.
La piel se estira. Se rasga.
Los pezones cada vez más oscuros.
Las piernas pesan,
y sólo tengo fuerzas para asomarme por la ventana,
desnuda
y espiar.

7.-

MADRE

Es igual a su padre.
Viven en el aire. En la estratosfera.
Nunca saben lo que quieren.

HIJO

La miro
con la nariz sobre el plato.
Las manos crispadas.
Los huesos rígidos. A punto de estallar.
La observo.
Succiona los fideos . Rápidamente.
Hacia dentro del agujero.
Negro.
Desdentado.
Desaparecen los fideos.
En el agujero negro.
Para siempre.
Quisiera preguntarle:
¿Qué es mejor?
¿Morir consciente?
¿O no darse cuenta de nada?

MADRE

¡Se atasca con tanta pregunta!.
Yo también estoy atascada.
Hace un mes que no muevo el vientre.
¡Y éste olor! ¡Seguro que alguna de esas bestias!
Alguna de esas...
No, soy yo.
Sí.... soy yo.
Siento el líquido caliente resbalando por mis piernas.
Se corrió el pañal.
Después de horas sentada, termina corriéndose.
Tendría que avisar.
Ya hay un charco en el piso.
Alguna podría patinar, caer y romperse la cadera.
A esta edad romperse la cadera es como pestañear.
Algo natural.
No importa. No me importa nada.
Que se caigan.
No tengo ganas de hablar.
Tengo la boca llena.
Hace horas que tengo la boca llena.
Así me distraigo y no pienso.
Mientras mastico, las locas desaparecen.
No veo, no escucho.
El movimiento de las mandíbulas adormece.
El movimiento incesante, del mar.
El mar...
Repito esa palabra y se aleja la inmundicia.
Se evapora rápido, en la niebla.
Ya cuesta distinguir los cuerpos.
El horizonte.
El charco crece.
Crece tanto, que el barco se desliza y me lleva
a Europa.
En la cubierta estoy sola.
Respiro hondo.
El aire de mar es penetrante. Da náuseas.
Lo único que me preocupa
es qué disfraz voy a elegir para esta noche
cuando crucemos el Ecuador.

Respiro hondo.
Del océano surge la cara de mi padre que ruge
y me atrae.
Voy a su encuentro.
Lo deseo tanto, tanto.
Me sumerjo en la humedad. Caliente.
Y ya no importa el olor.
No importa nada, mientras haya algo para masticar.
Algo.
Cualquier cosa.

8.-

HIJO Sé que me espía.
Me gusta.

MUDA Lo miro como se arrastra por el piso.
Como va deslizándose por las paredes
hasta desplomarse.

HIJO Le dedico todos mis movimientos.

MUDA Es patético.

HIJO Su cuerpo abultado.
Deforme.
Asomado. Al vacío.
Queriendo averiguar más.
Y no hay más.
Su cuerpo. Me salvó la vida.
Algo porque vivir.

MUDA Es gracioso.

HIJO En estos metros.
Pocos metros cuadrados.
Está mi existencia.
Concentrada
Me exhibo a la espía.
Que espía.
Día y noche.

MUDA Le escupiría.

HIJO Sólo la idea. Fugaz.
De que no aparezca.
De no verla más.
Me trastorna.
Taquicardias.
Transpiración abundante.
Erecciones prolongadas.

MUDA Todas las noches lo escucho jadear.

HIJO Hay noches.
Noches terribles.
Me excito tanto.
Quiero interrogar al embrión.
Preguntarle cosas. De ella.
Chanchadas.

MUDA Tengo miedo de volverme loca, aquí encerrada.
Sola.
Sin poder hablar.

HIJO Quiero saber todo. Todo de ella.
Lo más íntimo.
Lo que esconde.
Todo.
No la quiero cerca.
La quiero ahí. Donde está.
Asomada. Desnuda.
A punto de reventar.

La quiero ahí.
Colgada.
El vacío oscuro. Entre los dos.
Así la quiero.

MUDA Sólo tengo fuerzas para esto.
Me entretiene más que mirar la tele.

HIJO Jugar. Con la espía.
Algo porque vivir.
Aleja.
Aleja por instantes.
La dificultad.
El atascamiento.

9.-

HIJO Hoy decido ir.
Alivia poder decidir.
Sobre algo.
Evitar el tironeo.
Mental.
Pingpongs. Vertiginosos.
Pros. Contras. Pros. Contras. Pros.
Conecto. Desconecto.
Borro lo que molesta.
Deja de existir.
Rápidamente.

MADRE Hijo...

HIJO Es la hora indicada.
El sitio indicado.
Está ahí.
La vieja.
De ojos famélicos.
Valija en mano. Preparada.
Siempre en mi camino.
Pide imposibles.

MADRE Me quiero ir de acá.
Llévame, llévame con vos.
No te voy a molestar, hijito querido.

HIJO Podría convivir. Con mi madre.
Asearla. Todos los días.
Reprimir el asco.
Podría convivir con la espía. Y su feto.
Parásito.
Que emergerá.
En algún momento.
Devorándose todo.

MADRE No se decide. Se atasca.
Los intestinos no le responden.

HIJO Podría llevarlos conmigo.
A todos.
Sorprenderme. A mi mismo.
Un gesto exuberante.
Antes de morir.

MADRE Hijo, llévame a cubierta.
Quiero respirar el aire de mar.
¿Por qué estás solo?
¿Tu mujer no vino en este viaje?
¿No vino?
¿Ya te dejó?
¿Otra vez?
¿Te dejó?

10.-

TESTIGO El tiempo, un boomerang girando en el vacío.
Al volver deposita cerca de los pies del hijo,
un bebé ajado,
que lenta e imperceptiblemente retrae su columna
hasta alcanzar el círculo perfecto del huevo.

MADRE ¿Por qué estoy aquí?

TESTIGO Ella siente que algo fue mal. Muy mal.
Alguna pieza del engranaje se trabó.
O distraída quizá, abrió la puerta equivocada.
Un marido alcohólico.
El primer hijo muerto a los tres años, de pulmonía,
en tiempos en que aún la penicilina
no tenía nombre.
Nunca más tocó el piano, ella que fue concertista.

MADRE ¿Quién me trajo acá?

TESTIGO Todo perdido. En llamas.
Su memoria cubierta de cenizas.

MADRE Algo salió mal.
No entiendo qué.

TESTIGO Ella, la madre, la madre niña, añora su propia madre.
Esa que nunca es la conocida.
La que da vida.
Y cuando su cuerpo se cierra sobre sí mismo,
como ahora,
la sensación de orfandad es capaz de quitarle el aire.
Y la noche se introduce en su cabeza.
El resto del tiempo,
el que habita entre luces y sombras,
la empuja a un único deseo.
Completar el círculo.
Morderse la cola.

MADRE ¿Mamá?

11.-

MUDA Algunos matan a las recién nacidas.
Otros, les vendan los pies. Así no pueden correr. Escaparse.
En algunos lugares les cortan el clítoris.
En otros, las venden cuando tienen la primera menstruación.
O las tienen guardadas bajo llave
para que luego cuiden a los viejos, a los enfermos.

Estoy embarazada.

TESTIGO Es ahí que los padres le dicen a su hija:
No te pagamos la mejor educación, para esto.
Fuiste muy rápido.
Salteaste demasiados casilleros.
Parirás con dolor.

MUDA Por primera vez decido sobre mi cuerpo.

TESTIGO Y le dicen:
La oveja descarriada sólo puede ir al matadero.
Y agradecer por eso.

MUDA Acostada en la camilla
el médico hurga entre mis piernas abiertas.
De reojo puedo observar.
los instrumentos quirúrgicos ubicados prolijamente
en una caja de metal,
que refleja la cabeza del hombre,
inclinado sobre mi sexo.

MADRE ¿Quién es ese hombre que me observa?
¿Sos vos, hijo?

MUDA Ante la confirmación del figón,
algo detona en mi sistema nervioso.
Como una cachetada.
Algo agudo perfora mi mente.
Lo tirante se descomprime
y desde los brillos de los instrumentos de tortura,
surgen huecos por donde fugarse.
Alternativas.
La posibilidad de elegir.
Incluso de nadar contra la corriente.
De patear el tablero.

TESTIGO Ellos dicen:
Un descuido.
Una incomodidad de fácil solución.
Seguir adelante con el estorbo, una locura.
Podrías ir a Europa por un año,
parir allí, darlo en adopción y volver.
Así de simple.
Volver.

MADRE Disculpe, ¿pero quienes son todas estas personas?

MUDA Papá y mamá
me arrastran nuevamente a la camilla.
A la bruta sensación de animal muerto
exhibiendo sus restos
para el último festín.

TESTIGO Ellos repiten:
Nos preocupamos por vos.
Queremos ayudarte.
Te queremos más que nada en la vida

MUDA Me echaron, de la casa familiar.
“O cambias de idea o cambias de estado”.
Decidí no hablarles más.
Me fui acostumbrando al silencio, al paisaje del silencio.
Y dejé de hablar, totalmente.
Ser muda me permite descansar.
Y detenerme a observar como *eso*, aún sin nombre,
crece.

12.-

TESTIGO El hijo lo llama impulso.
Corriente eléctrica.

HIJO La ventana abierta.
El jardín.
Cada color en su lugar.
Cada forma en su lugar.
Cada sonido el apropiado.
Los rayos del sol.
Los últimos
aún permanecen.
El roce del aire.
Tibio.
Tibio sobre la piel.
Atmósfera dorada.
Transparente.

La perfección.

Me ahogo.
¿Qué queda?
¿Esperar?
¿Esperar qué?

Ahí está
siempre en mi camino.
El dolor.
Bombea el corazón.
Rápido. Rápido. Rápido.

Miro el jardín.
El cielo.

Pienso: Voy a morir.

13.-

MADRE ¿Qué me trajiste?

TESTIGO 95 años.
Casi no se mueve. Ve poco.
Hay días que no reconoce.
Le robaron los dientes.
El hijo no se decide.
Piensa en la dentadura nueva.
¿Piensa si valdrá la pena?

MADRE Me hago encima, en el pañal.
Me gusta.

TESTIGO Quiere viajar a Europa, en barco.
Como antes.
Como cuando viajaba con sus padres, en el “Cap Arcona”.
Y se disfrazaba al cruzar el Ecuador.
Y los viajes duraban meses. Años.
Toda la vida por delante.
Toda la felicidad.

MADRE Hay un charco en el piso.
Algo funciona mal.

TESTIGO Ella, la madre, no comprende que las piezas de los engranajes se traban.
Que es parte de su función, trabarse.
Un instante están funcionando.
Y al siguiente, sin razón aparente, se produce la parálisis.
El desperfecto.

MADRE Mi hijito murió a los tres años, de pulmonía
en tiempos en que la penicilina
aún no tenía nombre.

TESTIGO El hijo conoció a su hermano por fotos.
Imágenes en blanco y negro.
Sonrisas en blanco y negro.

MADRE Nada fue igual.

HIJO Si me quedo quieto. Quieto. Quieto.
Tan quieto como ella.
Inmóvil.
Tan paralizado. Como ella.
En su silla.
Siento.
Puedo sentir las uñas crecer.
Las escucho.
Escucho el corazón bombeando.
Las sienas.
El golpeteo en las venas
Pros. Contras. Pros. Contras. Pros.
Pide una dentadura.
Pide que la saque de allí.
Pide.
Hay días que no me reconoce.
¿Valdrá la pena?
Tanta saliva acumulada.

En la garganta.
Tanta saliva.
Seca.

MADRE ¿Por qué me trajeron acá?
 ¿Una penitencia, porque me hago encima?

HIJO Quieto. Quieto. Quieto.
 Tan quieto como ella.
 Inmóvil.
 Tan paralítico como ella.
 Así siento.
 Así puedo sentir.

14.-

MUDA Ser muda es una bendición.

Sin palabras es más sencillo ir creando el destino.
Día a día.

No es fácil adivinar como funciona el mecanismo.
Papá y mamá me querían.
Me querían, demasiado.
Necesitaban echarme de su lado.
Distanciarme de tanto amor.

Mientras se alejaban
con las manos en alto,
los dedos levemente flexionados,
la mirada humedecida,
ellos decían:
“Te queremos, más que nada, más que nada en la vida.”

Ellos repetían esa frase,
mientras se alejaban para siempre, de mi vida

15.-

MADRE

Una cama. Una mesa de luz. Un ropero.
Un cuadro de la virgen. Una silla. Un vaso.
Una dentadura.

Ocho bombachas, cuatro corpiños, tres blusas blancas.
Seis pares de medias.
Tres pares de zapatos negros y uno, marrón.
Tres pares de zapatos negros y uno sólo, marrón.

Un peine. Un monedero. Un lápiz.
Un cepillo de dientes. Un dentífrico. Un jabón.
Un banquito para apoyar las piernas.

Un tapado. Unos guantes. Una cartera.
Una valija.
Una puerta. Un pasillo. Otra puerta. Una calle.
Un hijo.
Un hijo.
Un hijo.

16.-

TESTIGO

La madre alimenta a su hijo.
Las tetas secas de odio.
Ve como la sangre pasa de su cuerpo al otro.
Y junto con la sangre, la belleza.

El hijo sólo observa sus dedos rosados.
Sufre por la cercanía. Por la distancia.
Sufre.
Esa es la condición latente de los hijos.
El hambre. El movimiento. La abstinencia.

A la madre, el tiempo le astilla los huesos,
junto con los recuerdos.
Afortunadamente.
Suele resultar intolerable mirar imágenes cuando la piel era otra.
Y el asombro permanecía, aún, bajo los párpados
y la sonrisa no se asemejaba a un abismo.
Cuando los cuerpos contenían algo más que silencio
y promesas de silencio.

El hijo calla.
Teme ese espejo.

17.-

HIJO

En el metro. Busco.
Algo que calme.
Que alivie la presión.
El vaivén sabe.
Sabe como lanzarme al cuerpo.
De una mujer.
Cualquier mujer.
Sabe como atraerme al olor.
De su pelo.
De su transpiración.
El envión sabe.
Una mujer.
Cualquiera.
En el vaivén.
Un ir y venir.
Que acerca.
Tanto.
Hasta las imperfecciones.
De la piel.
Las cicatrices. Tajos de infancia.
Tanto.
Al maquillaje pegoteado.
Corrido. Por las grietas.
Rancio el perfume.
De la primera hora.
Ya lejana.
La mirada suspendida.
Cualquier recuerdo.
Cualquiera.
No importa cual.
Sólo el anhelo de aferrarse.
A algo.
De vuelta a casa.
A casa.
Hinchadas las manos.
Abandonadas. A su suerte.
Cuelgan.
Todo el cuerpo. Cuelga.
Todos los cuerpos cuelgan.
Tanto.
Acompaño el traqueteo.
De la máquina.
Froto mi cuerpo
Con ese.
Otro.
Cuerpo.
Lo froto. Lo froto.
Cada vez más rápido.
Lo froto.
En cada envión. Frenada. Arranque.
Presiono.
Me fundo.
En la desconocida.
Y deseada.
Más deseada que cualquier otra.
Cosa.
En este mundo.
Desconocida. Deseada.
Más deseada.
Tanto.

Cuerpo mullido.
Agonizante.
Me endurezco.
En el vaivén.
Palpito.
Pulsa el ritmo.
Mi sexo.
En fricción
A la deriva.
En fricción.
Imagino a la mujer.
Desnuda.
Abierta.
Una res.
Ofrece sus entrañas.
Lista para recibir mi porción.
De tibieza.
De dolor.
Gime por más.
Estalla.
Lágrimas de agradecimiento.
Gracias. Gracias. Gracias. Gracias.
O quizá esta mujer.
Esta carne que cuelga.
De mi mirada.
Nunca llegó ahí.
Y estar con otro.
Con otro cuerpo.
Sea algo. Así.
Un traqueteo.
En el metro.
Lo más parecido al amor.
Quizá no llegó.
Nunca más lejos que esto.
Nunca.
Más lejos.
Nunca.
Tanto.

18.-

MADRE

Ellos hacen la valija.
Mi hijo y su mujer.
No hablan, no me miran.
Guardan mi ropa.
Los zapatos. Algunas fotos.
El peine, un cepillo de dientes.
Los pañales.
No guardan mi vestido largo,
el que uso para bailar
en el salón alfombrado, del Cap Arcona.

Observo la dirección de sus miradas,
nunca coinciden con la mía.
Cierran la valija, sin sonido.
Me ayudan a ponerme el tapado. Los guantes.
Me alcanzan la cartera.
Adivino.
Va a ser un viaje largo. Larguísimo.

Cuando llegamos, me muestran el camarote.
Una cama. Una mesa de luz. Un ropero.
Un cuadro de la virgen.
Se despiden, con la mano en alto.
Los dedos levemente flexionados.
Las miradas colmadas de agua.
No hay modo de escapar a la tormenta.
Navego por esas miradas.
El barco se agita. Convulsionado.
Me instalo en la cubierta de sus ojos.
Para no caer, miro fijo el horizonte.

Comienza la música.
Sin mi vestido largo no puedo bailar.
No puedo hacer nada.

Entonces, ¿para qué estoy aquí?
¿Otra penitencia?

19.-

TESTIGO El abre la puerta cada noche,
miles de veces.
Y la cierra miles de veces.
con portazos.

Una noche, cualquier noche,
esta misma noche,
una corriente eléctrica
lo empuja adonde está su mujer.
El impulso lo obliga a traspasar los límites.
A abrir la boca
y retorcer su lengua. Seca.
A intentar crear las palabras temidas pero inevitables.

Al escucharlo, la mujer extiende sus brazos
como Cristo,
en su vía crucis cotidiano.
Y cierra los ojos perdonando
mientras el palabrerío traspasa su costado.
Por que, al fin y al cabo, piensa:

El no sabe, él no sabe lo que hace.

20.-

MUDA Se enamoró de mí. Pensó que *eso* era suyo.
Yo no dije nada. Soy muda.

Me llevó al sur.
Allí la vida era un goteo de suero.
Gota a gota.
El viento barría todo, hasta las esperanzas de algo mejor.
Fui un muñeco, a cuerda.
Iba y venía. Iba y venía, hasta la noche.
No pensaba.
Sólo trataba de mantener los ojos entrecerrados
por culpa del maldito polvo.

MADRE Soplo y no queda nada.

MUDA En la cama, sí pensaba.
Pensaba toda la noche, cómo matarlo.
Escondí un martillo entre el colchón y el elástico.
Todas las noches me decía: Esta noche.
Mientras abría y cerraba las piernas con su terrible peso
sobre mí.
Y ese olor. Agrio.

MADRE Seguro que es alguna de esas bestias.

MUDA *Eso* me salvó.
Empezó a molestar, a doler, mientras crecía.
El me envió a la ciudad. A que me revisen.
En la despedida lloraba.
Yo también.
La mano en alto, los dedos levemente flexionados.
El viento y el polvo me habían idiotizado.
Lloraba al despedirme.
Era el infierno y yo lloraba por tener que dejarlo.
En el avión cerré los ojos.
Habituada a los espacios muertos.
A vivir a cuerda.
Y me dejé llevar, suspendida en la inercia.
De algún modo, feliz.

Y de pronto, las nubes estallaron sobre mis párpados
en miles de luces.
De brillos. Un inmenso fulgor.
¡La ciudad!

Ahí desperté.
Se evaporó la pesadez.
Una detonación en el sistema nervioso.
Electricidad en mi pobre mente, llena de polvo.
De viento.
De ecos de un mar, que nunca alcancé a ver.

MADRE Miren, locas,
ya hay un oleaje entre mis piernas.

MUDA Mientras descendía por la escalerilla del avión,
no recordaba donde había estado.
Ni por qué.
El sur, un espejismo.
Un hueco por donde filtrarme.

Mi única huella, el martillo que quedó bajo la cama.

MADRE Una cama, otra cama, otra cama, otra cama, otra cama...

21.-

HIJO

La miro a ella.
Ella mira las baldosas.
No me decido.
¿Qué es mejor ?
¿Llegar consciente al final?
¿O no darse cuenta de nada?
Ni del viaje.
Ni de la despedida.

MADRE

El Cap Arcona es alemán.
Los marineros tienen los ojos azules como el mar.
Y en el pelo rubio, se percibe el reflejo del sol.
Todas las noches hay una orquesta.
Los jóvenes me sacan a bailar.
Ellos de smoking, yo de largo.
Tengo éxito. Mucho éxito. Lo tengo todo.
Nunca fui tan feliz.
Siento que el viaje va a durar para siempre.
Tiene que ser así.
Un deslizarse por la superficie del agua.
Al ritmo de la música.

HIJO

Tiene 95 años.
Las dentaduras son caras.
Casi no se mueve. Ve poco.
A veces no me reconoce.

MADRE

Con el padre de mis hijos, éramos tan felices.
Tan felices, antes de conocernos.
De conocer el amor.
Cada uno dentro de su disfraz, riendo como chicos.
Girando hasta perder el sentido
sobre el piso alfombrado.
En alta mar.

HIJO

¿La dejó a la deriva?
¿A su suerte?
¿O la acompañó en la travesía?
Hasta el final

Estoy varado.

22.-

TESTIGO La madre, la que el hijo nombra como su madre pero que en realidad no sabe bien quién es, acumuló 1000 kilos, de periódicos viejos. Para leer alguna vez. Decía: “Ya llegará el momento en que tenga tiempo de tener tiempo”. La denunciaron. La posibilidad de un derrumbe. Hubo más denuncias. Se iluminaba sólo con velas. La posibilidad de un incendio. La denunciaron. La posibilidad de un geriátrico. Un alivio para todos. Menos para ella.

MADRE Nada para decir.

TESTIGO El hijo y su mujer le preparan la valija.

MADRE Nada para decir.

TESTIGO Le muestran su nuevo cuarto, su cama, su ropero.

MADRE Nada para decir.

TESTIGO Un pupilaje de agónicos le da la bienvenida.

MADRE Nada para decir.

TESTIGO El hijo y su mujer se despiden

MADRE Nada, nada para decir

TESTIGO Queda bajo la tutela de una maquinaria. De una disciplina férrea que la habituará a ir abandonando descuidadamente la cáscara . Un alivio para todos. Menos para ella

MADRE Nada para decir.

23.-

TESTIGO

Cinco pañales por día.
A siete días, son treinta y cinco.
Por cuatro, ciento cuarenta al mes.
Ciento cuarenta por doce, mil seiscientos ochenta por año.
Mil seiscientos ochenta pañales. Por año
Mil seiscientos ochenta veces que la cambian.
Que la levantan de la silla de ruedas.
Le suben la pollera.
Le bajan la bombacha de plástico.
Le colocan el pañal.
Mil seiscientos ochenta veces que ella se deja hacer.
Indiferente a todo.
Que mastica mientras se exhibe
sin ningún pudor ante los demás.
Mil seiscientos ochenta veces que no controla
su cuerpo.
Que no se resiste al calor de sus líquidos.
Que abre sus piernas.
Y se deja hurgar.
Los ojos turbios por cataratas.
La mente suspendida,
en algún detalle de lo que mastica.
Los dedos de concertista, aún ágiles
en su voracidad.
Mil seiscientos ochenta veces que el hijo mira.
Mira para otro lado.
Siempre lo obliga a mirar para otro lado.
Mil seiscientos ochenta veces
ella se desploma en su silla.
Mil seiscientos ochenta veces.
Mastica. Mastica. Mastica.

Indiferente a todo.

24.-

MUDA No va a ser de mí

No, no va a ser de mí.
Hace rato que clausuré mi voz.
Que dije: Ya está bien.
No vale el esfuerzo.
Seguí tu vida pero no esperes comprensión.

A él le gustaba verme con otros.
Armar escenas que lo arrancaran de su inercia.
Sentirse humillado, saborear de antemano la mentira.
El quería verme, teniendo sexo con otros.
Otros, que él elegía.
Para mí.
Y que luego le contara con todos los detalles.
Hasta los más ínfimos.
Los más estúpidos.

Y mientras me escuchaba, olía mi cuerpo.
Los pliegues. Los recovecos.
Imaginaba.
Y todo era por amor.
“Te amo más que nada en la vida”, decía.
Me abrazaba, se metía adentro y con el último jadeo
me empujaba a la intemperie.
Una y otra vez.

Ahora, ya lejos de todo eso, me acomodo
detrás de la ventana
y aliso el pelo con mis dedos, mientras observo la vida,
bajo el sol.
Y trato de descifrar el mensaje.
El que me corresponde recibir.

25-

TESTIGO El padre piloteaba aviones.
Era feliz, en el aire.
Se vino abajo, con su avión.
Quedó enterrado en el techo de una casa.
Conmoción cerebral.
Un cerebro conmocionado que no se recuperó.
La casa tampoco.
Perdió el control. En medio de un loop.
De una voltereta en el aire.
Le gustaba quedarse horas divagando en el espacio.
En la superficie no tenía adonde ir.
No sabía qué hacer.

MADRE El alcohol aún no tenía nombre.

TESTIGO Cuando se aburría daba la vuelta al mundo.
Una vez permaneció las cuatro estaciones en una isla.
En algún lado escribió que nunca había sido tan feliz.

MADRE Nunca tan feliz,
como antes de conocernos.

TESTIGO Al poco tiempo de eso,
de darse cuenta lo que había escrito,
volvió a su lugar.
A su incomodidad.

MADRE Nos comprometimos.

TESTIGO Llega al sitio justo en el momento indicado.
Y se encuentra, con su cabeza rota.
Enterrada en el techo de una casa.
Rota.
Y frente al mantel de hule, a una vieja
que se babea
y pide imposibles.

MADRE ¿Qué me trajiste?

HIJO Una dentadura.
Sólo la de abajo. No vale la pena.
Pañales.
Un barco.
Una silla de ruedas.
Un martillo.
Un vestido largo.
Algo para masticar.
Una foto en blanco y negro.
Una orquesta.
El aire tibio del atardecer.
La repetición.
El dolor.
Un momento perfecto.

26.-

MADRE

Mi hijo vino a verme. ¿Estaré por morir?
No tengo miedo.
Digo morir pero no sé lo que estoy diciendo.
La muerte es quieta. Silenciosa. Ojos muy abiertos.
Ya no me muevo.
No hago nada sola y podría seguir así otra vida más.
El cuerpo se acostumbra a la inmovilidad.
La cabeza también.
Mientras me alimenten todo puede permanecer igual.
Un día y otro. Y otro. Y otro.
Una sucesión de comidas y baños y gritos y olores.
Miro las baldosas del piso durante horas.
La curva de mi espalda dirige la mirada.
El peso de la vida.
La atracción irresistible que ejerce la tierra.
Quiero el camisón floreado.
Que mis flores se confundan con las otras.
Dicen que de allá van a venir a buscarme.
Que me van a llevar de la mano.
Yo quiero que venga él.
Mi hijito.
El que apenas conocí.
El que se fue apenas llegó.
Tan rápido se fue, que no alcancé a darme cuenta.
Y ahora está muy cerca.
Escucho su respiración.
Siento el aliento en mis mejillas.
Su cuerpo pequeño, caliente, me cubre de todos los fríos.
De las miradas de las moribundas.
De las baldosas color tierra que me convocan a hundirme contra ellas.
Hundirme, con mi camisón floreado.
De la mano de él para no tropezar.
Para no perderme.
De la mano de él.

Mi hijo, el otro, también está aquí
Es un hombre. Un hombre triste.
No recuerdo cuando creció tanto.
Cuando se le apagó la mirada.
Tiene los ojos cubiertos de cenizas.
De polvo.
Soplo y no queda nada.

27.-

HIJO

Me miro. En el espejo.
Más me miro.
Más borseado me veo.

Hoy es el día.
Siento la espina.
La molestia.
Pero no sé.
No sé adónde ir.

Pienso en mi mujer.
La que fue. Mi mujer.
Ahora vive sola.
En una casa vacía.
Y pregunta. Todo el tiempo:
“Por qué, por qué, por qué”
Nadie le contesta.

Pienso en la que parió.
En la muda.
Me gritaba. Desde su ventana.
Pedía ayuda.
A punto de reventar
Y yo quieto.
Quietamente.
Miraba mis manos.
Sobre el borde. De la mesa.
Como crecían.
Las uñas.
Como el sonido.
De las uñas.
De las garras.
Creciendo.
Tapaba los gritos.

Pienso en la vieja.
La nariz. Sobre el plato.
Los ojos fijos. En la puerta.
Valija en mano.
Preparada.
Siempre preparada.
La nombro. Mi madre.
Tengo que nombrarla.
De alguna manera.
Está siempre.
En mi camino.
Por donde voy.
Aunque no me mueva
Está.

Duermo.
De a ratos.
Y me despierto.
Con un presentimiento.
Que algo tengo que hacer.
Urgente.
Pero no sé qué.

28.-

TESTIGO

El hijo se cubre la cara.
Intenta no respirar.
Confía en que un día lo conseguirá.

Una y otra vez el recién nacido repite:
“¿Qué me trajiste?”
Mientras la muda entrega su leche rabiosa.
Y su belleza.

De la silla de ruedas cae la madre,
atravesada por su vestido largo.
La mano lanzada al aire, pide ayuda.
Pide que la inviten a bailar.
Que la saquen de ahí.
Anhela poder irse dando giros, dulcemente
por el piso alfombrado.
Irse más allá de todo lo visto.
Del horizonte fijo
De la niebla.

La fragilidad de sus deseos
los obliga a balbucear.
A tropezarse.
A arrastrar sus cuerpos hasta aquí.

Hartos ya de repetir la cantinela
una y otra vez,
ahora sólo ansían descansar.
Cerrar los ojos.
Y que el desperfecto
como por arte de magia
desaparezca de escena
junto con la luz.